

Esto es muy normal en el corto plazo. El largo plazo lo describe John Updike en su libro de memorias, *Self-Consciousness* (16 de septiembre de 1991, París): “Tengo muchos libros que están llenos de anotaciones mías, prueba de que alguna vez los leí, aunque yo no me acuerde de haberlo hecho”. Nunca podré explicarles por qué ganaron los Aliados, pero en un incommunicable nivel juro que lo sé —mejor que hace seis meses—. Y además el libro está listo y preparado para intentarlo otra vez —si se puede vivir con las señales a lápiz, las esquinas dobladas y las manchas de sangre.

El gorrión de Stalin

Simon Sebag-Montefiore

Simon Sebag-Montefiore (1965) se ha dedicado a reconstruir y contar la vida y los tiempos de Stalin, por encima de su otra pasión: el siglo XVIII ruso y sus autócratas. En español existen por el momento estos títulos: *La corte del zar rojo* (traducción de Teófilo de Lozoya Elzurdía, Crítica, 2004), *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario* (traducción de Teófilo de Lozoya Elzurdía, Crítica, 2007, 2010), amén de su novela *Sashenka* (traducción de Máximo Sáez Escribano, Punto de Lectura, 2009, 2011). La hija de Stalin murió el pasado 22 de noviembre de 2011 en Richland, Wisconsin, bajo el nombre que asumió al casarse con un ciudadano estadounidense, Lana Peters. Esta nota se publicó el 3 de diciembre de 2011 en el *Financial Times*. Nota y traducción de Antonio Saborit.

SVETLANA STALINA, quien murió la semana pasada, dijo que Stalin, su padre, le “destrozó la vida”. Esta tumultuosa vida



ilustra la manera en la que el poder vuelve áspera, corrompe y corroe a la misma familia. Aun en las democracias, las incessantes exigencias del poder son extenuantes. Los delicados vínculos familiares se ven hechos polvo por las ruedas de acero del poder. Los hombres de poder como Stalin o Hitler por lo general se ven a ellos mismos como desinteresados caballeros solitarios que avanzan sobre territorio hostil con la espada desenvainada. Aun para aquellos como el coronel Gaddafi, Saddam Hussein o los Asaad, para quienes la política es dinástica, el poder es supremo.

Al final, como vimos con la caída de Gaddafi, se esperaba que los hijos se sacrificaran voluntariamente en la pira de la megalomanía narcisista de su padre. Saddam luchó por preservar el equilibrio entre las rivalidades de sus propios y diabólicos príncipes; sus hijas resultaron aplastadas en este vicio filial y en el envenenamiento último de la vida familiar, al permitir que sus hijas asesinaran a sus yernos. Los Assad se han visto condenados por rivalidades familiares. Gaddafi preparó a varios atroces hijos para el poder, aun cuando complotaban contra él, pero todos fueron sacrificados en su híbrido beduino del *götterdämmerung* sahariano y el rey Lear árabe.

Para una hija es más fácil. Mientras investigaba la relación entre Stalin y Svetlana, descubrí que al mismo tiempo que presentaba sus memorias como algo franco y revelador, ella había reescrito la historia y había dejado fuera tal vez el mayor de sus secretos. En los papeles de Stalin encontré pasajes de la vida de Svetlana que ella había cortado u olvidado: por un lado, su infancia fue privilegiada e indulgente, su padre la adoraba, la besaba todo el tiempo, le daba de comer de su propio plato, comparaba su cabello rojo y sus pecas con los de la madre del propio Stalin, Keke. Por otro lado, la normalidad de sus primeros seis años terminaron cuando su madre, Nadia Alliluyeva, se suicidó en 1932 en el momento de la crisis más grande de Stalin, la colectivización.

A los hijos de ambos, Svetlana y su hermano mayor Vasili, se les dijo que había muerto de peritonitis. Pero no pudieron pasar por alto que el mundo se hacía bruno conforme Stalin destruía a sus colegas e incluso a los tíos y tías de Svetlana. Si Vasili quedó hecho pedazos tras el suicidio de Nadia, padre e hija se volvieron más cercanos: él cenaba con ella después de la escuela y le firmaba la tarea; con orgullo la presentó a Winston Churchill. Si alguna vez él amó en verdad a alguien en la vida fue a ella. “Yo era su mascota”, dijo ella. “El era muy cariñoso”.

En los archivos encontré las cartas de ambos. Stalin la llamaba “mi gorrióncito, mi gran dicha”. Stalin animó a Svetlana, a los once años, a que actuara como si fuera la dictadora de



Rusia. Svetlana le escribió al politburó en Moscú dando la orden de postergar la entrada a la escuela en toda la URSS. El diputado de Stalin contestó con esta nota: “¡Viva nuestra Jefa Svetlana! ¡Aguardo sus instrucciones sobre la postergación de la escuela durante veinte días!” El politburó en pleno firmó la nota con comentarios graciosos: “¡De acuerdo! ¡Su obediente campesino!” En otra ocasión le escribió a Stalin: “Orden del Día Número 3: Le ordeno que me muestre lo que sucede en el Comité Central. Estrictamente confidencial. S. Stalina, La Jefa”. El propio Stalin, llamándose a sí mismo “Su humilde secretario”, respondió “su carta nos ha permitido abrirnos camino en unos asuntos políticos harto complicados”. Pero hasta la indulgencia del amor paternal no soporta la autocrática ansiedad por el control total: la relación entre ambos se fue al diablo cuando ella descubrió el suicidio de su madre y su independencia emocional: Stalin, un padre con la mojigatería victoriana y el tradicionalismo georgiano, se volvió loco cuando ella se enamoró de Alexei Kapler, un guionista judío. Él tenía 40, Svetlana 16. Stalin, al menos en esto un padre típico, le dio una bofetada a su hija y rompió sus cartas de amor. Luego hizo deportar a Kapler a Siberia. Los dos primeros matrimonios de ella fueron un fracaso, y Stalin le echó a ella la culpa.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, ella alcanzó a otear la naturaleza criminal de su padre: lo escuchó ordenar la muerte de un actor yiddish. Más adelante achacó los crímenes de su padre a Lavrenti Beria, su jefe de la policía secreta, a quien presenta como un demonio en sus memorias. Pero ella se guardó el mayor secreto de su juventud: el verdadero amor de su vida no fue otro que el hijo de Beria, Sergo, con quien estaba loca por casarse. Sólo que Beria estaba decidido a impedir un matrimonio que habría puesto en peligro la vida de su hijo. Cuando Sergo casó con alguien más, Svetlana, como la verdadera princesa de Stalin, trató de forzar un divorcio.

Es una carga ser la hija de un titán; ser el hijo, una maldición: Stalin tenía a su hijo mayor Yakov por un blandengue... Luego lo hicieron preso los nazis y se suicidó; cuando Stalin se enteró que había actuado con valentía, hasta se conmovió. Su otro hijo, Vasili, el hermano de Svetlana, fue velozmente ascendido a general de la fuerza aérea pero era un libertino débil, alcohólico, arrogante, al que un avergonzado Stalin humillaba y degradaba.

El éxito del padre omnipotente es imposible de soportar. Para el padre, el hijo es una decepción, y el poder siempre va primero. Stalin envenenó todas las relaciones amorosas en su vida por su misión política. Acabó solo y taciturno.

Todo poder, hasta en las democracias, es personal. Randolph Churchill sufrió la grandeza de su padre, murió joven de alco-

El éxito del padre omnipotente es imposible de soportar. Para el padre, el hijo es una decepción, y el poder siempre va primero. Stalin envenenó todas las relaciones amorosas en su vida por su misión política. Acabó solo y taciturno.

holismo. Bismarck impidió que su hijo Herbert se casara con el amor de su vida, y lo llevó al alcoholismo y a una muerte temprana.

El bolchevique ascético de Stalin nunca le dio a su familia ningún poder. Sin embargo en la mayoría de las tiranías, el poder es monárquico: el hijo contenido por el padre al que amenaza el hijo. De ahí la revuelta de Absalom en contra del rey David; el feudo de Jorge II y Federico el príncipe de Gales; el odio de Guillermo II hacia su padre el emperador Federico. La amenaza es tan grande que el filicidio muchas veces por necesidad se convirtió en la política de los autócratas: Herodes el Grande mató a tres hijos; Constantino el Grande, Gengis Jan, Iván el Terrible, Pedro el Grande, el sha Abbas de Persia, Selim el Severo y Solimán el Magnífico, todos mataron hijos —Pedro e Iván mataron a los suyos personalmente—. Solimán observó el estrangulamiento desde atrás de un tapiz.

La tóxica maldición de Stalin sobre sus hijos al fin llegó a su término con Svetlana. La actitud de Churchill hacia su familia, a pesar de su decepción con Randolph, acaso fuera la más sana de todos los potentados. Cuando le preguntó su nieto Nicholas Soames: “Abuelo, ¿tú eres el hombre más importante del mundo?” Churchill dijo: “Sí, ahora sácate de aquí”.

